



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II



18 de agosto de 1888



Núm. 42



POR HUIR DE LAS RATAS





## IMPRESIONES DE LA EXPOSICION UNIVERSAL

**V**ISITAR la Exposición es un encanto; hablar de ella es obra de romanos, pero de romanos de una paciencia á toda prueba. ¿Que buscáis una instalación determinada? Pues estad seguros que no la encontraréis. Empezaréis á enredaros por aquel mágico laberinto; y de Italia á Francia, de Francia á Alemania, y de Oriente á Occidente, veréis maravillas sin cuento, pero nunca lo que buscáis. Cinco ó seis tardes me llevo buscando una provincia que me interesa para cumplir mis deberes de corresponsal, y, efectivamente, durante este tiempo he encontrado *una* instalación. Cuando me prometía albricias, vi que mi descubrimiento no podía ser más humillante. ¡Una instalación! Ya es asunto para llenar un artículo.

Abandoné aquella nave, que apenas si recuerdo ya dónde está, y eché á andar por las otras. Todas han aumentado sus instalaciones, y Alemania presenta una nueva de coches para *bebés*, que no hay más que ver. Los citados coches están fabricados con un lujo fastuoso: por su parte exterior tienen una brillantez de esmalte, y por su interior aparecen acolchados de raso de finísimos colores iguales á la elegantísima sombrilla que á guisa de capota cubre los diminutos carruajes. Los hay que llevan el correspondiente caballo, y otros que andan por medio de unos resortes invisibles que se mueven con el auxilio de una pequeña manecilla de metal. Al ver aquellos hermosos juguetillos le entran á uno vivos deseos de volver á su edad infantil para poseer tan regias chucherías, dignos de ser mirados con preferencia por el augusto niño rey Alfonso XIII; pero como el retroceso no es posible, no tiene uno otro remedio que resignarse con su suerte y envidiar la de la infancia, que tan espléndidos chirimbolos puede poseer.

Al abandonar esta instalación, me paré en una perteneciente á Francia. Es un vasto escaparate lleno de *bebés* disfrazados de... *toreros*. Los franceses son incorregibles: tratándose de España, no la conciben sin puñaladas y chulos, sin manolas y toreros. ¡Qué penetración y qué conocimiento de sus vecinos! Por supuesto que los tales muñequitos son unos *torrerrós* (que deben decir ellos) lastimosos á pesar del percal, banderillas, picas, caballos y demás cortejo taurino que les acompaña. Mejor, mucho mejor hubieran estado *deshabillés*, bien que no hubiera resultado tan *española* la instalación de *bebés* *Jarneau*, que (¡cosa singular!) atrae más la atención de los *grandes* que de los



chicos, lo que tiene fácil explicación; porque un niño ¿qué va á hacer con un muñeco? y una niña ¿para qué lo quiere vestido si sólo admite las muñecas por el placer de vestir las y desnudarlas á su gusto?

Dejé los *bebés Juneau*, y á poco me detuve ante una mesa modestamente cubierta con un paño blanco, conteniendo diversas piedras de rarísima construcción: parecían azucarillos amasados con fango ceniciento. Aquella modestia, aquella casi pobreza, contrastaba opuestamente con los fastuosos esplendores que por doquier veía. Me aproximé á la mesa y leí en un pequeño



Por huir de las ratas

cartel: *Sonoridad de las piedras antes del Diluvio. Dejando una peseta, se toca con ellas el himno nacional que se pida.* La vista de aquellas piedras, y el anciano de aspecto antediluviano que guarda la mesa, no sé qué inexplicable impresión me produjeron. Fué así algo como un respeto mezclado de pavor, un sentimiento que nos arrolla y domina. Deseaba oír el sonido de aquellas piedras, y vacilaba á la par. Al fin me decidí por lo primero, y el anciano me preguntó que qué himno deseaba oír.—El que dure más,—le contesté. El buen hombre tomó dos piedras, que iba sustituyendo con frecuencia por las que había en la mesa; y empezó á entonar un himno que, si mal no recuerdo, me dijo que era ruso. Este detalle era para mí completamente secundario: lo que me importaba era oír la sonoridad de las piedras, que tenían para mí más valor, en aquel instante, que los mejores pianos franceses y alemanes. La armonía se percibió pronto: salía clara y con una sonoridad cristalina, bien que áspera algunas veces. Los tonos se destacaban con precisión, y más que



piedras parecían, aquellas enormes guijas, extraños instrumentos musicales. Al terminar la tocata, el original músico me preguntó si quería oír otra, pero apenas si acerté á contestarle: tan preocupado me encontraba. ¿Son estas piedras realmente auténticas? ¿Tenían esta sonoridad antes del Diluvio? Esto me preguntaba. Y al resultar afirmativa mi contestación, no podía menos de convenir en que el mundo se desquició entre grandes armonías cuando el Diluvio universal; pues al derrumbarse las montañas, y al chocar unas piedras con otras, asombra pensar con los tremendos ecos que de sus centros partirían: fenómeno de pasmosa grandiosidad, que merece ser detenidamente meditado, no por nosotros, que siempre hemos huído de peligrosas honduras, sino por los que se dedican á los estudios de la naturaleza y cuanto con ella se relaciona.

Cuando llevábamos en el pensamiento *todo el Diluvio universal*, piedras sonoras inclusive, una enorme pirámide que se levanta en una de las naves de la sección española distrajo nuestras meditaciones. ¡Qué pirámide, camaradas! Figuraos millares y millares de pelotas, tambores, panderetas, aros, muñecos, sables, escopetas, cañones, armas de todas clases, cuanto puede desear un niño, artísticamente colocados en aquella columna incomparable, que remata una hermosa bandera nacional. La ambición se apoderó de mí y me eché á ambicionar. Pero, después de todo, yo, ¿qué iba á hacer con aquel vasto almacén de juguetes que á guisa de atrevida columna se levantaba? ¡Sería de ver que en mi vagar volviera á jugar como los chiquillos! Pero ya que esto no sería ni serio ni formal si por arte sobrehumano yo llegase á ser dueño de aquella pirámide que tenía para mí tanta atracción como las de Egipto para el primer Bonaparte, pronto la mandaría derribar, repartiendo cuantos juguetes la componen entre mis caros camaradas.

BENJAMÍN





## LOS PROVERBIOS DE SALOMÓN

## III

**M**SISTIDO de la inmortal sabiduría, único don que pedía en sus comunicaciones con Dios, el rey Salomón escribió muchos libros sobre diferentes asuntos, pues no hubo ramo del saber humano que le fuera desconocido. «Porque Dios,—dice el mismo Salomón,—me dió á mí la verdadera ciencia de las cosas que existen para que sepa la disposición del mundo y las virtudes



El carnero goloso

de los elementos, el principio y el fin y el medio de los tiempos, el curso del año y la disposición de las estrellas, la naturaleza de los animales y la braveza de las bestias, la fuerza de los vientos y los pensamientos de los hombres, las diferencias de las plantas y las virtudes de las raíces, y aprendí cuantas cosas hay escondidas y no descubiertas.»

Mas por desgracia todos estos libros de ciencia en que se anuncian la geografía, la física, la cronología, la historia, la astronomía, la historia natural, la filosofía y hasta la medicina; todos estos preciosos libros se perdieron; habiendo sólo llegado hasta nosotros los de filosofía moral, que llaman sapienciales los expositores, y son la *Sabiduría*, el *Eclesiastés*, los *Cantares* y los *Proverbios*.

En todos ellos se nos dan los mejores preceptos y reglas para formar nuestras costumbres y dirigir nuestra conducta por el camino de la vida. Pero por su alta concepción ninguno de estos libros, fuera de los *Proverbios*, está al alcance de todas las inteligencias.

Mas el libro de los *Proverbios* es el libro de los niños, pues para los niños los escribió Salomón.



Y Salomón abrió la boca para enseñar á los niños, y habló la sabiduría por su boca:

El temor de Dios es el principio de la sabiduría. Los necios desprecian la sabiduría y la doctrina.



Los niños extraviados

Escucha, hijo mío, la instrucción de tu padre, y no dejes nunca la ley de tu madre.

Hijo mío: si te halagaren los pecadores, no los escuches: aparta tu pie de sus caminos, porque los pies de ellos á lo malo corren.

El Señor da la sabiduría, y de su boca emanan la ciencia y la prudencia. Él es el custodio de la salud de los buenos y el protector de los que andan en sencillez, el que conserva las sendas de la justicia y el que guarda los caminos de los santos.

No deseches, hijo mío, la corrección del Señor ni desmayes cuando te castigue, porque el Señor castiga al que ama y se

complace en él como un padre en su hijo.

Bienaventurado el que halló la sabiduría. Mejor es su hallazgo que la granjería de la plata, y los frutos de ella mejores que la del oro más puro.

No estorbes hacer bien al que puede hacerlo, y siempre que puedas hazlo tú.

No maquines mal contra tu amigo, puesto que él tiene en ti su confianza.

Ni porfíes sin razón contra quien no te hizo ningún mal.

No envidies al hombre injusto ni imites sus caminos.

Lejos de ti la lengua maligna y murmuradora, y los labios que desacreditan lejos sean de ti.

No declines á la derecha ni á la izquierda en el camino recto de la virtud.

Sus propias maldades prenden al impío y es apretado con las ataduras de sus pecados.

Ve la hormiga ¡oh, perezoso! y considera sus pasos y aprende sabiduría; pues sin tener guía, ni maestro, ni caudillo, previene para sí el sustento en el estío, y en el tiempo de la mies allega lo que ha de comer.



## IV

Di á la sabiduría «Mi hermana eres tú,» y llama amiga tuya á la prudencia. Mejor es la sabiduría que todas las riquezas tan preciadas, y nada de cuanto hay apetecible es comparable á ella.

La memoria del justo será alabada, pero el nombre del impío se pudrirá. El odio levanta rencillas, y la caridad cubre todas las faltas.

La obra del justo es para la vida, mas el fruto del impío es para el pecado.

En el mucho hablar no faltará pecado, pero el que modera su lengua es prudente.

La esperanza de los justos es alegría, mas la esperanza de los impíos se desvanecerá.

El nombre del Señor es fortaleza para el inocente y espanto para los que obran mal.

Donde hubiere soberbia, allí habrá también deshonra; mas donde hubiere humildad, allí hay también sabiduría.

Quien desprecia á su amigo, menguado es de corazón; mas el varón prudente disimulará sus faltas.

Unos reparten sus bienes y se hacen más ricos: otros allegan lo que no es suyo y siempre están en la pobreza.

El que anda con sabios, sabio será; mas el que anda con necios se hará como ellos.

La respuesta suave quebranta la ira: la palabra dura aviva la saña.

Más vale poco con temor de Dios, que grandes tesoros en la impiedad.

Mejor es el bocado de pan seco con gozo, que una casa llena de bienes con pendencias.

Más aprovecha una represión al prudente, que cien golpes al necio.

Quien responde antes de escuchar, manifiesta ser un insensato.

Quien aflige á su padre y aleja á su madre, es infame y será infeliz.

El que cierra su oído al clamor del pobre, clamará también y no será oído.



Los niños extraviados



Compra verdad y no quieras vender sabiduría, ni doctrina, ni inteligencia.  
No te alegres cuando veas caer á tu enemigo ni se regocije tu corazón en su ruina.

No te gloríes para el día de mañana, no sabiendo lo que traerá el día que está por venir.

Alábetelo extraño y no tu boca: los extraños y no tus labios.



El niño alegre

Mejor es el buen nombre que muchas riquezas: la buena gracia es sobre el oro y la plata.

No seas amigo del iracundo ni andes con el furioso.

No entres en porfias con los perversos ni envidies á los impíos.

Huye el impío sin que nadie lo persiga; mas el justo, como león confiado, vive sin miedo.

Del que es precipitado para hablar se han de esperar muchas necesidades.  
No hay sabiduría, no hay prudencia, no hay consejo contra el Señor.







La tila



## \* NUESTROS GRABADOS \*

## POR HUIR DE LAS RATAS

Soy perro y me llamo Paco. Cierta día mi amo salió y dejéme encerrado en la cueva. Aquella soledad me era enojosa, y muy pronto comencé á pensar en las ratas, á las cuales no soy nada aficionado. Cuanto mayor era el silencio, más me parecía oírlas, y al fin tuve miedo. Poca luz entraba por allí, pues era muy pequeña; pero mejor estaba allí que en la oscuridad.

Lamentando mi situación, aplicaba atento oído con la esperanza de oír los pasos de mi amo; y ya iba á ladrar, cuando de pronto se fijó mi atención en un barril que estaba junto á un montón de leña. Impulsado por la curiosidad, trepé hasta el borde de aquél, y vi que estaba medio lleno de algo muy blanco. Acerqué el hocico para oler, y, perdiendo el equilibrio, caí dentro. Mi temor á las ratas era la causa de aquel percance, y no sabía cómo salir de aquel atolladero, pues cada vez me hundía más en la harina; pero de pronto oí la voz de mi amo que me llamaba. Yo no osaba contestar, pues comprendía que acababa de cometer una torpeza; pero mi amo entró de pronto, y, como no me viese, gritó de nuevo:— ¡Paco! ¡Paco! —Yo seguía silencioso pensando que mi amo se acercaría por fin al barril; mas hizo ademán de marcharse otra vez, y, acordándome yo en aquel momento de las ratas, temí verme encerrado de nuevo y dejé escapar un gemido.

—¿Dónde estás, Paco?—preguntó mi amo. Miró por todas partes, y, aproximándose al barril, vióme en un estado lastimoso. Yo temía el castigo; pero, en vez de reprendirme, soltó la carcajada, sacóme de mi prisión todo lleno de harina, y llevándome al jardín me hizo tomar un baño, riéndose siempre de mi ridícula aventura.

## EL CARNERO GOLOSO

Un magnífico carnero, de fino y sedoso vellón y de retorcidos cuernos, se había escapado del redil cuando aun era pequeño; y tanto se alejó, que ya no supo volver al punto de partida. El pobre animal, temiendo ser presa de algún lobo, no sabía á qué punto dirigirse, cuando quiso su buena estrella que acertase á pasar por allí el juez del pueblo inmediato, que, al ver abandonado aquel carnero, se lo llevó á su casa. Había allí una perra que estaba criando y la cual admitió al intruso en su familia con la mayor bondad, manifestándole de allí á poco casi tanto cariño como á sus hijuelos.

Mas cuando el carnero hubo crecido, aficionóse tanto á su protector, el juez, que no quería dormir sino cerca de él, por lo cual se le puso un ruedo junto á la alcoba de su amo, donde el animal pasaba la noche.

Aquel carnero se hizo muy singular. Cuando tocaban la campana para anunciar la hora de comer, acercábase á la mesa cual si fuera un perro, y ponía los pies anteriores sobre la espalda del juez, como para pedir su parte. Nunca comía yerba ni heno, pero gustábase mucho la carne de vaca, el jabón y el sebo de las velas; bebía café y te si le echaban mucha azúcar y leche; pero lo que le agradaba sobre todo era la cerveza.

Por lo demás, era muy travieso: pasaba todo el día jugando con los perros, seguía á su amo por la casa á donde quiera que fuese, y, llegada la hora de comer, era el primero en presentarse ante la mesa.

## LOS NIÑOS EXTRAVIADOS

Carlos y Julia recibieron de su papá, como regalo, el día de su santo, un cochecito y una jaquita; y cuando llegó el verano quisieron llevarse el vehículo al campo, á donde sus padres iban á pasar una temporada.

Carlos y Julia acostumbraban á salir diariamente á paseo en su pequeño coche, y cierto día empeñáronse en seguir un camino diferente del que acostumbraban tomar. Internáronse por una senda flanqueada de espesura, y esto les complació mucho, porque vieron numerosas ardillas y moras silvestres, á las cuales eran muy aficionados.

Al cabo de algún tiempo, y como se habían internado en el bosque, ya no supieron qué camino tomar para volver al sitio en que habían dejado su vehículo. Anduvieron un poco, y



al ver que los árboles eran cada vez más altos comprendieron que se alejaban más. Al fin llegaron á una casita en cuyo patio jugaban varios niños. A la puerta hallábase sentada una mujer anciana, y á pocos pasos un hombre, también de edad, ocupábase en arreglar unas macetas.

—¿Puede V. decirnos?—preguntó la niña con cierto temor.

—¿Quién es tu papá?—preguntó el hombre.

—Es el Sr. Augusto, el propietario,—contestó el chico en alta voz, pues era más valeroso que su hermana.

—¡Oh! La casa está lejos, lo menos á siete millas de aquí,—repuso el otro.

—Y ¿por dónde hemos de ir?—preguntaron los niños, algo inquietos al saber que se habían alejado tanto de su camino.

—Voy á preparar la carreta, y yo os conduciré,—dijo el hombre alejándose al punto.

Entretanto la anciana dió un vaso de leche á los niños, y poco después llegó su esposo con el vehículo.

No fué poca la sorpresa de Eduardo y Sofía al ver que la carreta no iba á ser tirada por un caballo, sino por un buey: esto les pareció una cosa muy extraña, porque nunca lo habían visto antes; pero pronto pudieron convencerse de que no tardarían mucho más tiempo en llegar á su domicilio, porque el cuadrúpedo avanzó á buen paso.

Los padres de Eduardo y Sofía estaban ya algo inquietos, y no se alegraron poco al verlos llegar, haciéndoles reír el vehículo en que iban sentados y al cual seguía el cochecito.

El Sr. Augusto ofreció una recompensa al buen hombre; y como éste no quiso aceptarla, al día siguiente fué con toda la familia á regalar algunos juguetes y libros á los hijos del anciano.

## EL NIÑO ALEGRE

Por delante de mi puerta pasa todos los días un niño que

seguramente es el más alegre que jamás conocí, y, según me han dicho, tiene la costumbre de silbar continuamente: silba cuando juega y está alegre, y también si está triste; silba también cuando hace buen tiempo y cuando llueve ó nieva. Se conoce que esa costumbre es ya en el chico una manía: todo su afán es silbar, y diríase que esto sólo le recrea, poniéndolo de buen humor.

## LA TILA

—Cuando yo sea mujer,—pensaba la linda Dorotea,—no querré nunca beber tila. Es buena, no tiene mal gusto, y no me desagrada del todo; pero no es te, ni tiene verdaderamente su mismo color, olor y sabor. Mamá se empeña en darme tila, y debo tomarla para



En el Parque de Barcelona



no desobedecer; pero cuando yo sea grande no he de querer más que verdadero te, y nunca tomaré tila, porque esto me parece más bien una medicina.

### EN EL PARQUE DE BARCELONA

Cuando Rosita tenía tres años condujéronla cierto día al Parque para pasearla un poco.

—Quisiera sentarme,—dijo después de dar dos ó tres vueltas,—porque estoy algo cansada.

Como ya había terminado el verano, no se encontraban en el jardín las sillas que acostumbra á poner; pero veíase allí un gran jarrón de piedra vacío, y el papá de Rosita colocó á ésta en el interior para que descansara.

—Aquí estarás bien,—le dijo.

—Aquí parezco una flor,—repuso Rosita.

Pasado algún tiempo, el papá preguntó á la niña si había descansado lo bastante.

—Ya te puedes ir,—contestó aquella;—yo soy una flor, y debo quedarme aquí.

—Pues bien: si eres una flor,—replicó el papá,—te llevaré á casa para guardarte allí.

—No puede ser,—dijo la niña;—porque ya sabes que está prohibido coger flores en el Parque.



La perdiz y sus hijuelos

### LA PERDIZ Y SUS HIJUELOS

El joven Gustavo estaba paseando un día en el bosque con su padre, cuando de pronto vieron volar junto á ellos una perdiz que fué á posarse casi á sus pies.

El ave se conducía de una manera muy singular. Corría hacia el joven y alejábale después, erizando las plumas, como si quisiera mantenerse siempre fuera

del alcance de la mano. Cuando Gustavo andaba, la perdiz iba al paso; pero si le veía correr, hacía lo mismo para no ser alcanzada. Así recorrieron ambos alguna distancia, hasta que por último el ave remontó el vuelo, perdiéndose de vista.

—¿Por qué hará eso?—preguntó Gustavo cuando hubo llegado al sitio en que su padre le esperaba.—Yo creí que estaba herida y que no podría volar; pero de pronto la vi remontarse con bastante ligereza.

—Esto debería ser suficiente para contestar á tu pregunta si supieras las costumbres del ave,—contestó el papá, mostrando una perdiz muy pequeña que tenía en la mano.

—¿Dónde la ha cogido V.?—preguntó Gustavo, con expresión de contento, cogiendo la ave y alisando sus plumas delicadamente.

—La cogí en el momento en que tú ibas siguiendo á la hembra,—repuso el padre;—yo creo que había, en el sitio donde estaba, al menos una docena; pero se ocultaron con tal ligereza, que sólo pude atrapar la que tienes en la mano.

—Pues yo no vi ninguna, papá.

—No, porque la madre llamó toda tu atención, que era precisamente lo que ella quería. Cuando te hubo alejado lo bastante de sus hijuelos, dándoles tiempo para que se ocultaran, remontó el vuelo huyendo de ti. He visto tantas veces ejecutar la misma maniobra, que al punto comprendí la causa del proceder de la hembra en cuyo seguimiento ibas, y por eso pude coger la ave.



—¿No podré llevármela á casa y hacer una jaula para tenerla allí?—preguntó Gustavo.

—No: creo que lo mejor sería dejarla marchar, pues no podrías domesticarla y se moriría pronto.

—¡Pobrecilla!—exclamó Gustavo.—No quisiera ser yo la causa de su muerte.

Y así diciendo depositó la pequeña perdiz en el suelo.

Apenas se vió libre el ave, corrió á una espesura para esconderse, y Gustavo no pudo ver ya á la hembra ni á ninguno de sus hijuelos.

### UN PERRO DEL ASILO

Cierta noche un boticario oyó que arañaban á la puerta de su tienda. Abrió al punto, y vió



La perdiz y sus hijuelos

un perro que le presentaba la pata derecha llena de sangre. ¿Cómo sabría el perro que allí podrían curarle?

El buen farmacéutico se cuidó del perro y curóle muy pronto. Después de esto el animal iba todas las mañanas á la botica, y al ver á su protector meneaba la cola como para darle gracias.

Algunas semanas después se presentó con otro perro que también tenía herida una pata, sin duda muy dolorosa, porque el animal se quejaba mucho. El boticario no pudo menos de reirse tan bondadoso como la primera vez, aunque pensando que tal vez recibiría la visita de otros canes.

Esto sucedió en la gran ciudad de París, donde hay un asilo para los perros y los gatos perdidos. Allí los cuidan y alimentan, tratándolos muy bien hasta que encuentran amo. Tal vez el perro de nuestra historia había estado en aquel hospital, donde sin duda aprendería á conocer á los farmacéuticos por el olfato. No hace mucho tiempo se dió en París un gran



baile á beneficio del Asilo de Perros y Gatos, pues las personas de buenos sentimientos protegen á los animales.

### PABLO Y EL MAR

El buen Pablito fué conducido por su mamá á la playa para que contemplase el mar, pues no lo habia visto nunca. Los niños tienen á veces extrañas ideas. ¿Qué diréis que pensó Pablo cuando estuvo ante la inmensidad del océano? Pues la cosa más rara del mundo: figurósele, ó más bien comparóle con un enorme perro de Terranova que habia en la casa, y que sin duda le sugirió la idea de que el mar era un animal. Cuando oyó el mugido de las olas, dijo que el perro ladraba; y sin manifestar temor quiso acercarse á las olas para acariciarlas, creyendo, sin duda, que no habria inconveniente en hacerlo así, puesto que cuando acariciaba al perro, éste no le hacia nunca daño; pero su mamá procuró explicarle lo que era el océano y lo peligroso que seria para la inocente criatura aproximarse á sus aguas.

## EL CENTÉN DE TERESITA

(Continuación)

### II

Teresita Arregui habia estado acostumbrada, desde su más tierna infancia á acompañar á su mamá á las visitas que ésta hacia á los pobres como vidua de las conferencias de San Vicente de Paul. No habia para ella placer que fuese comparable al de hacerle algún regalito á algún *casero* imposibilitado ó enfermo; llegando á tal punto su sensibilidad, que le era imposible negarse á dar algo á cualquiera que le pidiese limosna. D.<sup>a</sup> Victoriana Elizondo de Arregui, lejos de contrariar las caritativas inclinaciones de su hija, complúgose mejor en fomentarlas y de esta manera, no encontrando Teresita la menor oposición á sus gustos y recreándose de cada día más en hacer buenas obras, no conoció ya, en lo venidero, más distracciones que socorrer á los menesterosos, ni más ocasiones de poner en tortura su ingenio que las de remediar necesidades. No hay que fiar sin embargo: el abuso puede echar á perder las mejores cosas; y así, lo que primero consideró ella como un deber no tardó mucho en tornarse como una verdadera diversión. Con igual ardimiento se dedicaba ella á las caridades que Carlota á cultivar su huerta ó Joaquín á tenderles lazos á las avecillas para enriquecer con los cautivos su magnífica pajarera.

Creció Teresita, y á compás que se hacia mayor introducía en sus preocupaciones limosneras una no pequeña dosis de terquedad y un tantico de *suficiencia*; de lo cual resultó que acabara por no escuchar con la atención debida los consejos de su excelente madre, si es que no prescindía en absoluto de consultarla. ¡Había que oírle á D.<sup>a</sup> Remigia lamentarse de que la señorita, enfrascada siempre en sus planes de mejoramientos y reformas para el prójimo, apenas si sabia qué contestarle cuando le preguntaba sobre las irregularidades del verbo *empedernir*! ¡Y no digamos nada de lo que murmuraban Joaquín y Alfonso, que, cuando por vacaciones pasaban unos cuantos días en el hogar paterno, apenas si tenían el gusto de ver á la muchacha, siempre ocupada en los viejos, en los nenes y en los *desgraciados*!

Carlota misma, que era un pedazo de pan y queria entrañablemente á Te-



resita, se dolía también de tamaña exageración; tanto, que una vez que salió de una grave enfermedad la encontraron llorando amargamente, sabiéndose luego que era por el abandono en que desde hacía muchos días la tenía Teresita, que prefería mejor que hacerle compañía á su hermanita y ayudarle á distraerle en las largas horas de la convalecencia, atender á otros de fuera de casa.

D.<sup>a</sup> Victoriana cayó entonces en la cuenta de que hasta entonces no se había hecho cargo como debiera del carácter de la niña, y que, por lo tanto, se había equivocado algo respecto á los primeros cuidados que prestara á su educación. Creyó la digna Sra. de Arregui que podría dejar á la niña libre enteramente de obedecer á su vocación caritativa, siempre tan loable; pero echó de ver ahora que, dado el temperamento de Teresita, no dejaba de ofrecer esto sus inconvenientes, puesto que la niña, á la verdad, era exagerada en sus arranques y tomaba las cosas con un calor á todas luces excesivo. Pensó, pues, la mamá, que había llegado la ocasión de dar la voz de ¡alto!; pero no convenía hacerlo así como así, de frente y de una manera brusca, sino con cierta astucia. Teresita era inteligente y discreta: nada mejor que proporcionarle algunos disgustillos motivados por su impetuosidad y ardimiento para que le sirvieran de lección; con lo cual, adoctrinada por la experiencia, comprendería al fin lo que debe entenderse por «la caridad bien ordenada.»

El mismo día en que comienza esta verídica historia acababa Teresita de llevar á feliz realización un plan de que ambicionaba vivamente salir airosa.

Era el caso que hacía poco se había acercado en las Arenas una pobre viuda con dos hijas, no lejos de la quinta de D. Carlos Arregui. Afirmaba la buena mujer ser vizcaína, pero añadiendo que había salido de las Provincias muy joven todavía, por haber casado con un catalán que se la llevó á Gerona, donde había vivido hasta entonces. Muerto el marido, había querido regresar á las Arenas, pero á su llegada apenas si había logrado reconocer á nadie. Los parientes habían muerto, sus conocidos no se acordaban ya de ella y los que no la conocían no tenían por qué hacerlo. Además, no le gustaba á ella tratarse con sus vecinos. La mayor de sus hijas, de unos diez y siete años, estaba tullida; la otra, en cambio, de quince abriles, era un roble en cuanto á lozanía, y con eso un pimpollo, una gloria del cielo por la cara.

(Se continuará)



Un perro del asilo



## SOLUCIONES Á LOS PROBLEMAS Y EJERCICIOS DEL NÚMERO ANTERIOR

Intrínquilis: Mesa, Mes, Me, M.—Rombo: M, Mas, Mario, Marcela, Sierra, Ola, A.—Tercio de sílabas: Tresillo, Sillero, Lloroso.—Charadas: Camila, Labor, Ladino

## + PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES +

## LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 = Una ciudad.  
 1 2 3 4 5 6 7 8 10 = Nombre de mujer.  
 6 1 8 5 6 4 10 = Fruto.  
 5 8 7 9 2 2 1 = Animal.  
 2 3 4 9 5 = Limpia.  
 1 2 7 3 5 = Pueblo pequeño.  
 6 5 7 1 = Nada.  
 8 9 1 = En el mar.  
 2 1 = Nota musical.  
 4 = Consonante.

MANUEL LUIS VICIOSO

## FUGA DE CONSONANTES

.e.e. e. e.e .e.e...e  
 e. .e.e .e .e.e.e.e  
 .e .e e. .e.e .e .e.e.e.e  
 .e .e.e .e.e. .e.e.e

PACA DOBREGO



Pablo y el mar

## \* CHARADAS \*

Mi *primera* es una letra  
 que la aprendéis en seguida;  
 mi *segunda* y mi *tercera*  
 de dulces os gustaría;  
 mi *todo*, niños del alma,  
 hacia Dios os encamina.

CAPS

La *primera* y la *segunda*  
 en la escala musical,  
 y en la *tercera* y *primera*  
 las aves suelen estar.  
 La *cuarta* en el alfabeto  
 la veras siempre formar,

y antepuesta mi *segunda*  
 animal de Africa da.  
 En el *todo* ves el nombre  
 de mi querida mamá.

VICTORIA P. HEMELGO

+ Las soluciones en el número próximo +

**ADVERTENCIA.**—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

**ADMINISTRACIÓN:** Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.